Boris Johnson se va, pero la pesadilla de derecha sigue

DAVID BRODER :: 09/07/2022

Johnson fue derribado por los mismos que lo auparon

La caída de Boris Johnson es la culminación de meses de presión sobre su liderazgo, salpicados por repetidos escándalos sobre sus mentiras al público y al Parlamento. Las denuncias de tocamientos sexuales por parte del vicepresidente Chris Pincher —y el conocimiento por parte de Johnson de su mala conducta en el pasado, antes de nombrarlo— son sólo las últimas de una serie de historias sobre el temerario desprecio de las normas por parte del Primer Ministro. Tales revelaciones, alimentadas por los textos y correos electrónicos de meses atrás, no sorprenden a nadie, y menos a las docenas de ministros tories anteriormente leales que ahora lo condenan como incapaz para el cargo.

El anuncio de la dimisión de Johnson como líder del Partido Conservador eludió la inmediata renuncia al cargo de Primer Ministro, pero ahora estamos abocados a un concurso interno de los tories para sustituirle. Dada la amplia mayoría conservadora en la Cámara de los Comunes —incluyendo las docenas de nuevos diputados elegidos bajo el liderazgo de Johnson en las elecciones generales de 2019—, hay pocos indicios de que esto vaya a producir un gran cambio de rumbo político. Muchas de las dimisiones de los últimos días proceden de antiguos aliados del Primer Ministro, que sólo buscan posicionarse para esa contienda.

Gran parte de las conversaciones de los medios de comunicación en torno a la negativa de Johnson a dimitir en los últimos días retomaron el lenguaje de la crisis constitucional, y lo que es peor, el riesgo de que sus esfuerzos por permanecer en el cargo corran el riesgo de «avergonzar a la Reina». El locutor Andrew Neil, recientemente marcado por su papel en la creación del canal de televisión de extrema derecha GB News, se lanzó a Twitter para afirmar que las comparaciones entre Johnson y Donald Trump habían sido finalmente corroboradas. Sin embargo, hoy en día tales afirmaciones parecen exageradas, y sólo pretenden afirmar que el condenado Johnson se encuentra de alguna manera fuera de la corriente principal de los tories, un individuo sin escrúpulos, del que ahora se puede prescindir con seguridad.

El líder laborista Keir Starmer ha pedido elecciones, diciendo que quiere un cambio «fundamental» de gobierno y no sólo un nuevo líder tory. Sin embargo, Starmer y su partido se han negado deliberadamente a «politizar» su desafío a Johnson. Un desfile de ministros laboristas en la sombra ha acudido a las pantallas de televisión para insistir en que Johnson es individualmente deshonesto, arrogante y está por debajo de su cargo, y que el drama interno de los tories es una «distracción» de los asuntos de gobierno. Sin embargo, los Starmeritas siguen empeñados en evitar todo comentario sobre la agenda ideológica que Johnson y sus ministros han pasado doce años persiguiendo, para mejor presentarse —en el mejor estilo uberocentrista— sólo como los aspirantes a gestores competentes de una maquinaria gubernamental despolitizada.

Aunque seguramente es importante que los funcionarios elegidos obedezcan las mismas reglas que imponen a los demás, esto representa un desafío lamentablemente débil al historial de los tories. Los doce años de gobierno de los conservadores —cinco en asociación con los demócratas liberales— han traído una austeridad prolongada que ha socavado permanentemente los servicios públicos de Gran Bretaña; una respuesta de COVID-19 que antepuso la libertad de los empresarios a la libertad de decenas de miles de personas para respirar; y un nacionalismo reaccionario que promete enviar a los solicitantes de asilo fracasados en vuelos de ida a Ruanda, sin importar su procedencia.

La apagada respuesta de los laboristas parece, sin embargo, coherente con la estrategia de Starmer durante sus dos años de liderazgo de mantenerse lo más cerca posible del gobierno, insistiendo en que la suya es una oposición «responsable», no «ideológica» como la del anterior líder Jeremy Corbyn. Incluso cuando se anunció la política de Ruanda, Starmer la criticó por el coste financiero y no por su pura inhumanidad; incluso el apoyo a la Unión Europea que en su día galvanizó a sus partidarios está ahora marginado. Sin embargo, incluso cuando la oposición política se reduce a una cuestión de probidad individual —se habla mucho de los sagrados estándares de la vida pública británica que ahora se están manchando— esto también permite que mentirosos tan conocidos como Tony Blair y su antiguo ayudante Alastair Campbell puedan lavar su reputación.

Dado que los laboristas no han podido hacer una oposición política, otros han tenido que ocupar en parte su papel. En junio, las huelgas ferroviarias lideradas por el sindicato de transportes 'National Union of Rail, Maritime and Transport Workers' (RMT) suscitaron una amplia simpatía entre los británicos afectados por la crisis del coste de la vida, incluso cuando los principales medios de comunicación y la dirección laborista se unieron en la suposición de que el público en general sólo veía a los sindicatos como una molestia. En la cobertura televisiva de anoche del drama de Westminster, le tocó a Martin Lewis —fundador del sitio web de consumidores Money Saving Expert— señalar que el aumento de los costes de los combustibles dejará a millones de británicos sin poder pagar sus facturas de energía este invierno, lo que tal vez provoque un «malestar social» que empequeñecerá las disputas de los tories sobre Johnson.

Aunque seguramente hay elementos más o menos intervencionistas del Estado en el partido tory, su inminente concurso de liderazgo parece que se librará en el territorio más fundamentalista del mercado. La sustitución del multimillonario canciller Rishi Sunak por el magnate del petróleo Nadhim Zahawi en los últimos días de la presidencia de Johnson —prometiendo inmediatamente la revisión de una subida prevista del impuesto de sociedades— parece indicar el estado de ánimo. En la medida en que las críticas políticas a Johnson han surgido de las filas tories en los últimos días, han girado en gran medida en torno a los llamamientos a los recortes de impuestos y al abandono de una agenda verde incluso ficticia; también podemos esperar que la contienda por el liderazgo incluya un intenso alarmismo sobre el nacionalismo escocés y el ascenso del Sinn Féin en Irlanda.

La caída de Johnson es, en parte, producto de la amenaza a sus diputados en activo, que temen por sus escaños tras las recientes pérdidas en las elecciones parciales. Deja a su partido en entredicho tanto en los antiguos escaños laboristas —el tan mitificado «Muro Rojo» de la antigua Inglaterra industrial, conquistado por los tories en 2019— como en las

zonas más ricas del sur, donde los liberaldemócratas son los principales aspirantes. Sin embargo, con una oposición tan débil como la que hemos visto en los dos últimos años, parece muy probable que un nuevo líder tory pueda marcar el clima político en los próximos meses, adornado por la luna de miel mediática que tanto Johnson como su predecesora Theresa May disfrutaron cuando asumieron el cargo. Incluso en los últimos días del liderazgo de Johnson, a más de la mitad de este Parlamento, los laboristas están sólo unos pocos puntos por delante en las encuestas nacionales, lejos de la ventaja considerable y sostenida que necesitaría para ganar una mayoría.

El partido de Starmer parece convencido de que el poder caerá en su regazo a medida que los tories se desintegren. Su expulsión de miles de socialistas de sus filas y el abandono incluso de boquilla de las políticas de izquierda por las que Starmer fue elegido líder en 2020 están diseñados para demostrar una ruptura radical con la era Corbyn, convirtiéndolo en una especie de respetable partido mini-Tory y una opción «segura» para el capitalismo británico. Sin embargo, a pesar de todos los choques sobre la personalidad, los procesos fundamentales de la política británica permanecen inalterados: una masa de propietarios mayores y más ricos cuya alta participación garantiza una base sólida para los tories, y la desafección más febril entre los británicos en edad de trabajar que ven sus intereses materiales casi ignorados en el circo mediático. Mientras los laboristas no defiendan a estos últimos y tracen verdaderas líneas divisorias, no tendrán ninguna posibilidad de romper el dominio tory sobre la agenda política británica.

jacobinlat.com

---

https://www.lahaine.org/mm_ss_mundo.php/boris-johnson-se-va-pero